

PÁGINAS HISTÓRICAS SEVILLANAS DEL 98

“Rióse socarronamente el doctor lego, y cogiendo del brazo a su amigo llevólo a un balcón, abrió las puertas de él y díjole, voy a contestarte; asómate, mira hacia esa plaza y dime qué gente calcula puede haber en este momento en que la turbamulta celebra y conmemora las atrocidades de la revolución; si no me engaño, contestóle, habrá unas diez mil personas; bien, le replicó el de los específicos, y entre ellas cuántas crees tú que habrá con sentido común; a fe, díjole, que no llegaría a cincuenta; pues cátrate explicado el misterio, esos cincuenta forman tu clientela, y todos los demás hasta diez mil la mía” (*En el homenaje a Echegaray*).

En el bicentenario de la Guerra de la Independencia (2008) Abelardo Linares tuvo la iniciativa de publicar el libro más importante de Manuel Gómez Ímaz, *Los periódicos durante la Guerra de la Independencia, 1808-1814* (Sevilla, Ed. Renacimiento, con prólogo de Manuel Moreno Alonso, XVIII+421 págs.). Una obra que, sin duda alguna, fue la más importante que se publicó durante el primer centenario del acontecimiento, y que no ha sido superada con posterioridad. El rigor de la información, su carácter prácticamente exhaustivo y su presentación metodológica (con los consiguientes índices de publicaciones ordenados cronológicamente con indicación de localidades y autores) así lo acredita. Coleccionista de periódicos sobre la guerra napoleónica, Manuel Gómez Ímaz reunió la mejor biblioteca privada existente en España sobre este asunto,

que es capital en la historia de España. Publicada en 1910 por la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, la obra fue premiada por la Biblioteca Nacional e impresa “a costa del Estado”.

Tenía mucha razón el historiador francés Albert Derozier cuando en uno de los encuentros con motivo del bicentenario de la Revolución Francesa en 1989 señaló que en cuestión de periódicos españoles nada se había realizado desde la publicación en 1910 de *Los periódicos durante la Guerra de la Independencia* de Manuel Gómez Ímaz.

Nada que ver con esta obra excepcional tiene la serie de artículos diversos que su autor publicó en Sevilla en dos libros pequeños en los años siguientes con los títulos respectivos de *Artículos. Fruslerías históricas sevillanas* (1ª serie), 1912, y *Artículos. Fruslerías de antaño* (2ª serie), 1918. Libros ambos que se publican ahora conjuntamente y que durante muchos años han sido objeto de búsquedas sin esperanza de hallarse en librerías de viejo. Lo mismo que ocurrió con la publicación de su famoso *Inventario de los cuadros sustraídos por el Gobierno intruso de Sevilla el año de 1810*, aparecido por vez primera, también en Sevilla, en la imprenta de Enrique Rasco, en 1896.

Convertido su autor en una autoridad reconocida de la época que le interesaba, bien se comprenden las consideraciones que tanto en uno como en otro libro ofrece al lector, al que le advierte que se trata de una serie de artículos “que vieron la luz pública en la sucesión de varios años por periódicos y revistas, que vienen a ser flor de un día, hojas impresas, que como la de los árboles caen cada

otoño para deshacerse...”. Con toda seguridad debieron ser sus amigos, conocedores de los grandes saberes eruditos acumulados por el autor, los que le animaron a la publicación de tales escritos. Aun cuando el autor era bien consciente de que tales escritos tenían “poca sustancia”. Con una humildad que le honra definió sus artículos como “migajas o menudencias históricas, no por pequeñas despreciables”. De donde el título de “bagatelas o *fruslerías*” diversas sobre la historia de su amada ciudad, “grande y añeja..., de radiante aureola riquísima en acontecimientos, bizarrías y grandezas, que guarda en sus archivos, como testimonios de valiosos servicios prestados a la patria, y de tan hermosa historia”.

Entre sus consideraciones previas dirigidas al lector cabe resaltar su referencia al “interés de los hechos de los hechos históricos”, tratados “con el sabor social de la época a que se refieren”. Una observación de gran interés en la actualidad, en que la historia se ve amenazada por un anacronismo presentista extraordinariamente preocupante. Lo mismo que ocurre con su invocación a la verdad, la verdad histórica, “de la que no debe apartarse honradamente el que trate de asuntos históricos por sencillos o pequeños que parezcan”. Dos reflexiones estas últimas que adquieren un particular valor en nuestros días en que, con frecuencia cada vez más amenazadora y preocupante, parece que se escribe la historia sin atenerse a la verdad.

En la primera serie de sus *fruslerías históricas sevillanas* la mayor parte de los artículos se refieren al período que tanto le interesaba: lo que los historiadores actuales designan con el nombre de la crisis del

antiguo régimen, es decir, el reinado de Carlos IV, al que puso fin la guerra napoleónica. De donde los artículos dedicados con referencias sevillanísimas a Godoy; la Caridad y los cuadros de Murillo; Carlos IV y la Academia de Buenas Letras o la Universidad Hispalense; la muerte violenta del conde del Águila en 1808 y el tiempo breve de José Bonaparte que durante muchos años, prácticamente hasta la actualidad, fue tratado de manera sospechosamente liviana o simplemente fue olvidado o presentado de manera grotesca a pesar del significado de la “Sevilla napoleónica”. Artículos estos que el autor completa en su primera serie con otros diversos, como el dedicado a Cervantes o a Mañara.

Escritos originariamente los más de estos artículos en 1897 y 1898, se advierte en todos ellos el “síndrome del 98” que produjo su impacto en Sevilla como en tantos lugares de España con el consiguiente pesimismo que lleva al autor a manifestar en el primero de sus artículos cómo era “creencia corriente de que... era todo ignorancia y oscurantismo, y aún motéjase de ominosos los tiempos que precedieron a la guerra de la Independencia por la actual generación”. Una generación, la del 98, que, como es bien sabido, tuvo un conocimiento mínimo y lamentable de la historia de su país, especialmente del período fundamental de la guerra napoleónica, protagonizado por otra generación —*la generación de 1808*. Bien se comprende que el historiador sevillano, que lo intuía, utilizara en este primer artículo aparecido en 1899 (escrito en Sevilla el 5 de agosto de 1898) el término generación, no generalizado

todavía, y el de *regeneración* (que fue una de las divisas de la generación de 1808).

Así se comprende que prácticamente todos los artículos de la primera serie sean fruto de esta preocupación noventayochista que no sólo le atormenta, sino que le obsesiona. Lo que le lleva a exclamar: “¡Qué triste suerte de tan noble patria, desafortunada desde el gloriosísimo reinado de los Reyes Católicos!” A diferencia de los intelectuales de la nueva generación que pusieron el foco de su interés y de sus denuncias en la situación del país en el desastre de 1898, el historiador sevillano –que subraya su “interés por los archivos y documentos originales”– sabía que todo este proceso había principado con la guerra de la Independencia, que habría de ser en verdad la caja de Pandora de todas las desgracias posteriores. De donde sus elogios a la época anterior a tamaña desgracia, ejemplificada en Sevilla en la muerte del conde del Águila (mayo de 1808), cuando “aun conservaba el pueblo los sentimientos religiosos y monárquicos que les prestaron fuerza”.

Todos los artículos del sevillano están transidos, como no podía dejar de ser en su caso, de un fuerte sentimiento conservador que le lleva, en el fondo, a no comprender el cambio de alma de su amada ciudad, “alardeando como siempre de monárquica, opulenta, ingeniosa y artística”. Lo que le lleva a decir de Diego Corrientes en *Rapiñas de antaño* que “conocido del pueblo por el bandido generoso que robaba a los ricos para socorrer a los pobres, viene a ser el primer socialista en acción de Andalucía, crisálida del anarquismo”.

Situado en la órbita del tradicionalismo de Menéndez Pelayo – su primer artículo fue publicado en el *Homenaje a Menéndez Pelayo en el año vigésimo de su profesorado* (1898)–, el escritor sevillano se encuentra alarmado ante los avances de las nuevas ideas revolucionarias y la extensión progresiva del anarquismo y del socialismo. Lo que le lleva a resaltar en su artículo sobre *Miguel de Mañara* “la indiferencia, descreimiento y atonía en que vive la sociedad, minada por el egoísmo y desamor al hermano”. De donde su consejo, después de haber escrito *Recetas patrióticas*, de que “la única solución es convertir el odio de clases, que destila de las falsas ideas, en amor al prójimo que brota de la caridad”, tal como señala también en *Miguel de Mañara*.

La publicación sevillana de la primera serie de *Fruslerías* en 1912 alentó a Manuel Gómez Imaz, animado desde luego por sus amigos, a publicar seis años después una segunda serie: *Artículos. Fruslerías de antaño*. Tengo a la vista el ejemplar existente en la Biblioteca de Humanidades de la Universidad de Sevilla (8/291), dedicado, con la firma autógrafa de su autor, “a mi docto y querido amigo don Mario Méndez Bejarano” (Sevilla, octubre 1918). Interesante obsequio a un intelectual sevillano –el primer biógrafo de José María Blanco White y estudioso *sine ira* de los afrancesados– que se hallaba en los antípodas ideológicos del autor de las nuevas *Fruslerías*.

Como en la primera serie, se recogen en el nuevo libro otros artículos que habían aparecido con anterioridad en periódicos y

revistas. Todos ellos tratan también de cosas pretéritas, “gustosas de recordar porque, al menos, distraen de momento el ánimo, apartándolo de las angustias del tiempo presente, que nos rodean y oprimen, como anillo de hierro, contra todo deseo, en nuestros días de vertiginosa actividad”. Es evidente que el autor está lejos de considerar que el pasado resulta mucho más semejante al presente de lo que se había creído. Pero no cabe duda de que el buen sevillano se interesa por el pasado desde las preocupaciones del presente, “porque la regalada vida moderna, aunque llena de encantos, maravillas y sorpresas, nos hace sospechar que jamás tuvo el hombre, dentro de su espíritu, lucha más acérrima, ni que su vida fuera menos apacible y trabajosa...”.

El articulista de temas sevillanos es consciente de los “turbulentos días” en que vive, marcados en 1918 por “la suerte adversa de presenciar la más espantosa guerra que tuvo lugar en la vida humana”..., la Primera Guerra Mundial. Máxime cuando son dos guerras las que afligen a los pueblos: la *guerra militar* y la *social*. Pues aunque aquélla estaba a punto de terminar, y se vislumbraba la paz, ¿qué habría de ser de la guerra social, con el robustecimiento del socialismo y la amenaza del proletariado, ya consumada en Rusia. Alejándose momentáneamente de su constante pesimismo, el articulista muestra su esperanza, sin embargo, de que tal vez, aunque resulte paradójico, las consecuencias de la conflagración puedan empujar también a la humanidad hacia el progreso. El conservador sevillano también piensa que la “triunfante” revolución social pudiera ser refrenada por una “saludable reacción, restableciéndose

el orden social en peligro por el espíritu anárquico y de rebeldía que invaden todos los organismos sociales amenazando la disolución y ruina”.

Entre los artículos recogidos en esta segunda serie privan los dedicados al mundo histórico que la interesa muy en particular: los reinados de Carlos IV y Fernando VII, separados por la guerra de la Independencia. A los que dedica sus escritos *Toros afrancesados*, *Cómo la gastan los ingleses*, *Despedida de D. Bartolomé José Gallardo en 1814*, *Bailén*, *Cádiz y las modas jacobinas*, *El voto del general Castaños* o *Un escrito del Abate Marchena*. A los que se suman otros de sus preferencias sobre el teatro andaluz o el Quijote, aparte del dedicado a Echegaray, ganador del Premio Nobel, y que no es santo de su devoción por representar la innovación y los nuevos tiempos.

En todos sus pequeños artículos se lanzan invectivas que traslucen sus ideas conservadoras y sus fobias. El caso de *Toros afrancesados*, en el que aparte de criticar a los franceses, lanza sus dardos contra la Revolución de 1868 (“cuando padecíamos los efectos de *La Gloriosa*”) o “el presidente o dictador el *ciudadano Salvoechea*”. O en *Despachos del otro mundo*, cuando arremete contra Batilo, el gran poeta afrancesado Meléndez Valdés, “poeta insigne, e insigne vividor”. De la misma manera que en *Despedida de Bartolomé José Gallardo*, además de aludir a “sus afinidades con la francmasonería”, otra de sus fobias, mantiene la idea, confirmada por las fuentes, de que Fernando VII, al derrocar las reformas constitucionales “amamantadas, nutridas y vestidas a la francesa iba

con la opinión y mayoría de los españoles, no cabe género de dudas”.

En el homenaje a Echegaray no silencia en modo alguno su sentimiento ultraconservador, que le lleva a afirmar que “la cotidiana y empalagosísima cuestión social no sólo diré que no me aparto ni a tres tirones de la sapientísima encíclica del gran pontífice León XIII”. Todo lo cual le llevará a sostener en *El jardín de los tontos* que éste “es parque españolísimo propiedad de todos”. Ideas definitorias de una ideología que acobija infinidad de aspectos literarios e históricos sobre hechos muy variados y diversos que tienen que ver bajo su leal saber y entender sobre su amada ciudad.

Manuel Gómez Ímaz nació en La Habana el 3 de junio de 1842 y murió en Sevilla el 28 de abril de 1922. Su familia paterna estaba arraigada en Cádiz, mientras la de su madre procedía de Zamora. Cuando apenas tenía un año de edad volvió a España, recibiendo sus primeros estudios en Jerez donde recibió el título de Bachiller en 1859. En Cádiz fue alumno del “sabio” Eduardo Benot, maestro en el Colegio de San Felipe Neri, “un austero y honrado ciudadano”. Después cursó los estudios de Derecho en la Universidad de Sevilla. De joven colaboró con diferentes periódicos y revistas con el seudónimo del Bachiller Sansón Carrasco, en un tiempo en que leía constantemente las obras de Cervantes y Rivadeneyra.

A finales de siglo, cuando el perfil de Gómez Ímaz está más definido, ya se le considera en Sevilla como uno de los “ilustrados

señores” que constituían la “tertulia bibliográfica” de los “eruditísimos” hermanos duque de T’Serclaes y marqués de Jerez de los Caballeros. Aparte de considerársele que es “de los primeros entre los más distinguidos” historiadores de la Guerra de la Independencia, era conocido en la ciudad por poseer, también, un verdadero museo de armas y objetos raros de aquel tiempo. Se conocía lo que había dicho sobre él el doctor Thebussen en la *Correspondencia de España* (mayo 1890), al señalar que pocos le aventajaban “en el conocimiento y manejo de cuantos papeles, libros y periódicos se relacionan con la Guerra de la Independencia”.

Sobre sus años de juventud hablará el propio Gómez Ímaz en algunos escritos posteriores cuando, con nostalgia, recordará aquellos años, “cuando yo concurría a nuestra ilustre Universidad y en sus aulas alegres y regocijadas cursaba la carrera de Derecho”. Años sobre los que dirá: “Tristes eran los días en que abríamos los ojos al mundo, cuando España era víctima a la sazón de continuos motines, algaradas y pronunciamientos, en los que intrigaban y tomaban parte la benemérita Milicia Nacional, aquella institución de nobles y fervorosos ciudadanos que a pesar de su bonísima fe y honradas aspiraciones contribuyó a nuestros desastres políticos muy eficazmente”.

Muchos años después, el viejo erudito, sin proponérselo, daba las razones de su decidida opción política conservadora. Cuando, según sus palabras, “[...]el pueblo, a su vez movido y envuelto por la ola progresista ocupábase más de las intrigas políticas que de los verdaderos y productivos medios sociales, diríase alocadamente en

un ambiente de romanticismo estéril, agotador de todas las fuentes productoras, de todo progreso político, y en las tristes barricadas de triste recordación aspirábase a solucionar los graves problemas nacionales” .

En este prólogo, escrito un año antes de morir, a una novela de su amigo Genaro Cavestany (*El bárbaro Morales. Novela histórica sevillana*, 1921) dará algunas claves sobre aquellos dos lustros de su juventud, de 1856 a 1866. Especialmente se referirá, cuando estudiaba en la Universidad, al amanecer de un “espléndido” día de febrero, cuando las campanas de la Giralda anunciaron “alegres y solemnemente la ansiada toma de Tetuán por nuestro glorioso ejército”. Un día en que toda Sevilla se vio invadida por “la alegría más pura, el más ferviente amor a la patria y el regocijo más intenso”, que se apoderaron del ánimo de todos, “y entre vítores y clamores de un intenso entusiasmo, todas las clases sociales, ¡aún había amor entre ellas!, mezcladas en santo y fraternal amor...”.

El viejo erudito reconocerá humedecérseles los ojos al recordar aquellos momentos de su juventud, de la que una vez más, fue testigo la Giralda..., “que siempre nos acompañó en las tristezas y alegrías, y es como la síntesis amorosa y artística de Sevilla”. La visita de la “augusta y popular” reina fue otro de los acontecimientos inolvidables que el viejo y conservador erudito recordará tantos años después, cuando “...toda la ciudad prestóle su concurso, desde el menestral al más encopetado prócer”. Un amargo pesimismo parece haberse apoderado cada vez más del viejo Gómez Ímaz en los últimos años de su vida dada la inestabilidad política y social vivida

por el país en los momentos en que escribe estas líneas a la novela de Cavestany.

Actitud que se advierte, además, en éste, al afirmar en su novela, prologada por el autor de *Fruslerías*, que Sevilla “era, sin duda alguna, más bella en 1874 que en 1827, estando entonces la ciudad encerrada dentro de sus antiguas murallas”. Su actitud conservadora se explica porque, según su amigo Montoto –a quien le dedicará la segunda serie de *Fruslerías*– su hermano, oficial de Marina, fue hecho prisionero y encerrado en el edificio de La Aduana durante el cantón de Cádiz, en la I República. Y cuando se trasladó para verle, fue detenido por gente armada dependiente del ciudadano Salvoechea, presidente de la Junta revolucionaria, con quien tuvo ocasión de conversar. Una experiencia que le marcó el resto de sus días, lo que explica su ideología y su adscripción posterior a la política de orden de la Restauración.

La nueva época, iniciada en 1874, que habría de producir un cambio radical en la política sevillana, llevó a participar al futuro erudito en la política municipal. Después de haber sido teniente de alcalde, fue concejal en los años siguientes. Tiempo en que mostró un celo especial por la restauración de la Torre del Oro y el arreglo del Prado de San Sebastián para esplendor y comodidad de “nuestra renombrada” Feria. Asimismo mostró un especial interés por la fundación de escuelas públicas para la enseñanza del pueblo. También contribuyó a la ampliación del Museo, que sólo se componía entonces de un salón con cuatro salas. Por todo lo cual fue nombrado en 1893 Presidente de la Real Academia de Bellas

Artes, cargo que desempeñó hasta 1899. Igualmente fue director de la Academia Sevillana de Buenas Letras.

Su discurso de entrada en la prestigiosa Academia de Sevilla lo leyó en 1888. Y versó sobre *Bibliografía de la Guerra de la Independencia*. Lo que dice mucho de su afición tanto a los libros como a los periódicos, de los que se convirtió en un apasionado coleccionista. Es decir que, a los cuarenta y tantos años de edad, el erudito se hallaba perfectamente orientado hacia lo que sería el objeto de su mayor pasión coleccionista . A propósito de ello el autor hará alusión al influjo de los *Episodios Nacionales* de Galdós, en el que el autor, “con una intuición pasmosa de la época y con las galas de su bellísima prosa, ha popularizado la historia”.

En la contestación a su discurso por parte de Antonio Benítez de Lugo, éste dirá cómo el nuevo académico se había dedicado a coleccionar las obras de los escritores desde la aparición de la imprenta, y “con señalada preferencia a los asuntos históricos”. Muy expresivamente, lo describirá “acopiando materiales con la misma avidez que el avaro coge sus tesoros”. En 1921, desde su Hacienda de Clarevot, el erudito escribirá a Menéndez Pelayo dándole alguna que otra noticia sobre el utrerano José Marchena, miembro destacado aunque atípico de la generación de 1808, a quien dedicará un artículo de sus *Fruslerías*.

Se referirá a un escrito que circuló por Madrid en los días previos al Dos de Mayo de 1808, con el título de “Carta de un oficial retirado a uno de sus antiguos compañeros” “gallardamente escrito y antipatriótico”, en el que trataba de las ventajas para España de un

nuevo régimen político dada la “decadencia e ineptitud” de los Borbones. Publicación que hasta entonces había pasado por anónima y que el erudito sevillano demostrará haber salido de la pluma de Marchena, “revolucionario impenitente, propagador en España de las impías doctrinas que precedieron y engendraron la revolución francesa; jacobino y devotísimo amigo de Murat en Francia y luego girondino entusiasta, hombre de grandes talentos y extraviado juicio, de espíritu desordenado y aviesa condición”.

En la tradición bibliográfica del sevillano Nicolás Antonio y del extremeño Bartolomé José Gallardo, Gómez Ímaz junto con un pequeño grupo de amigos, entre los que se encontraban Pascual Manuel Chaves, José Gestoso, Manuel Rojas Marcos, Francisco Muñoz y Pabón y Luis Montoto, sentaron las bases de la reconstrucción histórica sobre los repertorios de fuentes bibliográficas, primero, y hemerográficas, después. En algún trabajo posterior, el mismo Gómez Ímaz se referirá a su pasión bibliográfica, iniciada en los ambientes sevillanos de su juventud, en los que destacaron hombres como Fernández Espino y los “inolvidables” Martín Villa, rector que fue de la Universidad Hispalense, y Jorge Díaz.

Preocupado por el pasado de Sevilla, por los libros de historia y por las colecciones de libros, el propio Gómez Imaz dirá a propósito de la biblioteca del presbítero Francisco Rodríguez Zapata cómo, a su muerte, acaeció lo que siempre acontece a las colecciones de libros y papeles que durante la vida del coleccionista, “...acaso mirado por el vulgo con satírico desdén, hartó

recompensados, a la verdad, con el saludable recreo que prestan en horas felices o amargas... que al disgregarse tales elementos de cultura no vayan a manos incultas que los desdeñen, profanen o anulen...”. Aunque, por otra parte, el gran bibliógrafo confiesa si no resultaba peor a la postre “...ir a parar a las codiciosas manos de los nuevos aficionados a las letras”. Con toda seguridad, justo un siglo después de la aparición en 1918 de la segunda serie de sus *Frustrerías*, lo que no podía imaginar su autor es que éstas fueran a parar a los posibles mejores lectores que pudiera pensarse, los amantes de los libros que por fin encontrarán en la nueva edición sevillana del libro antiguo sus dos libros tan difíciles de encontrar sobre asuntos del pasado tan ligados a su amada Sevilla.

Manuel Moreno Alonso
Catedrático de Historia Contemporánea
Universidad de Sevilla